



LOS JINETES DEL CORREO

POR

Ricardo Cortez, Betty Compson, etc.

N.º 99

30 cts.



CRUZE, James

La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes. 7.9. - Barcelona

Año II

N.º 99

Los Jinetes del Correo

(PONY EXPRESS, 1925)

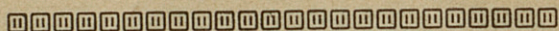
*Interesantísima película americana,
interpretada por los celebrados artistas*

*Betty Compson, Ricardo Cortez,
Ernest Torrence, Wallace Beery, etc.*

Superproducción **PARAMOUNT**

Distribuida por

SELECCINE, S. A.



Los Jinetes del Correo

Argumento de la película

En los primeros días de 1860 los Estados Unidos se encontraron ante una grave crisis; la guerra parecía inevitable. El Presidente Buchanan demostraba ser incapaz de dominar la situación, y los políticos del país buscaban un jefe de energía para sucederle en la Presidencia.

Todas las miradas convergían en el ciudadano Abraham Lincoln como el hombre que podía contribuir más que ningún otro a que la nación permaneciese unida. Pero preocupaba la actitud de California que, dominada por el senador Glen, hombre poderoso e influyente en la comarca, deseaba separarse del Gobierno Central.

Sacramento, la capital de California, era un foco de lucha política entre los partidarios y los enemigos de la separación.

El senador Glen era incansable en la defensa de sus doctrinas. Había reunido a varios miembros de su organización política secreta, "Los Caballeros del

Círculo de Oro", y les daba cuenta de sus proyectos:

—Señores, si ustedes se encargan de la oposición, California se separará... Con nuestra bandera propia dominaremos las costas del Pacífico... Y una vez fuera de la Unión, nos anexionaremos los Estados del Sur y formaremos otra República independiente.

—Y fundaremos un nuevo Imperio — dijo uno de los conspiradores.

—En el que seremos dueños y señores.

Esta conversación era escuchada con visible interés por un individuo llamado "El Rojo", un buen hombre a carta cabal, que el senador Glen tenía ocupado para la limpieza de su despacho.

Mientras limpiaba los cristales de un balcón cercano, seguía prestando profunda atención a los planes del Senador.

En aquel momento, como reflejo de la agitación reinante, llegaron varios centenares de personas ante el domicilio de Glen, aclamándole. Le consideraban el caudillo de su causa.

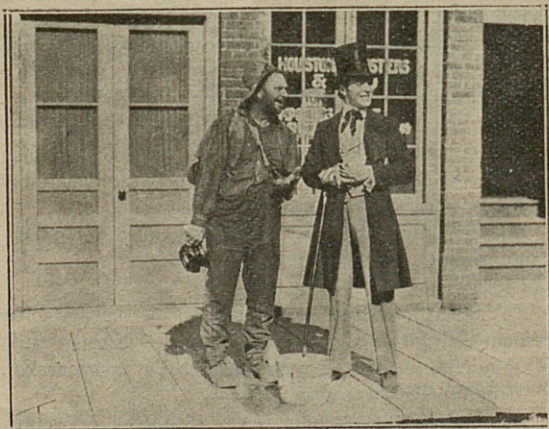
Glen tuvo que asomarse a agradecer el entusiasmo.

—Indudablemente, el pueblo está con nosotros — dijo, radiante, a sus amigos.

Pero sufría un pequeño error. Poco después, llegaba ante la casa un grupo numerosísimo de manifestantes que comenzaron a dar gritos hostiles al Senador, enérgicas censuras a su política.

Y se armó una algarada fenomenal. Los dos bandos, enarbolando puños y bastones, se agredieron brutalmente, repartiendo las palizas a granel. "El Rojo", que había bajado a la calle, quiso meterse a

redentor, separando a los contendientes que enfurecidos por su intervención, le abofetearon. Tal vez no hubiera podido contar su generosa aventura, ni un elegante joven, imponiéndose desde el primer momento a bastonazos, no le hubiese librado de la turba embravecida.



—¡Ya ve usted! Así arreglamos todos los días la política.

“El Rojo”, ciego de ira, aturdido por los golpes, fué a descargar su puño contra el mozo, ignorando que éste acababa de salvarle la vida. Pero al mirarle el rostro, cambió rápidamente de expresión.

—¡Frisco Jack! — dijo riendo—. ¿Qué está haciendo aquí, tahir?

—Velando por mi patria, amigo...

—¡Siempre el mismo! Ya ve usted — agregó, señalando los grupos que proseguían su pelea estéril—. Así “arreglamos” todos los días la política.

—Es que el país tiene alma...

—Tal vez se avecinen grandes cosas, amigo... Acabo de oír al senador Glen hablando de hacer de California una República independiente...

—¡Ah! ¿Todavía?... ¡Bien! Y tú ¿qué haces en Sacramento?

—Estoy al servicio del Senador. No tuve otro remedio... Perdí al poker el dinero que usted me dió para que me fuese a Rhode Island... y de aquí no he podido pasar...

—Eres incorregible, “Rojo”...

Frisco Jack había jurado defender a su país contra los manejos de los “secesionistas”. Quería ver a su patria unida bajo un solo mando, y, conocedor de las intrigas del senador Glen, vivía vigilante para impedir sus propósitos. Había cambiado su verdadero nombre de Jack Weston por el de Frisco Jack. Así podía combatir con mayor éxito.

“El Rojo”, un pobre hombre a quien Jack había protegido siempre, participaba también de las mismas ideas. Y la coincidencia de estar al servicio del Senador, serviría admirablemente a Frisco para hallarse al corriente, paso a paso, de los planes de separación.

—Oye, “Rojo”... Sin que ellos sospechen, sigue tu espionaje... ¡Es California! ¡Es la Patria grande que lo exige!

—Frisco, puede usted fiar en mí...

Y despidiéndose del mozo, metióse en casa del Senador.

Una hora después, habiéndose organizado un mi-

tin público, en plena calle, ante la vivienda de Glen, contra el Gobierno de la Unión, Frisco sonrió burlonamente escuchando los discursos de propaganda.

—¿De qué se ríe usted? — le preguntó un entusiasta—. ¿No es usted de los nuestros?

—¿Yo? ¿De qué partido soy yo? — respondió con voz arrogante—. Soy partidario de la Unión... y enemigo de Glen y de todo lo que representa...

Y subiendo a un tablado, con insuperable valentía comenzó a predicar en términos fogosos su ideal.

—¡Caballeros, no se dejen engañar por el senador Glen con sus amigos del Círculo de Oro! ¡Luchemos por California! ¡Luchemos por la Unión! ¡Piensen todos que el senador Glen es un traidor a su Estado y un traidor a su país!

Estas palabras provocaron un movimiento entre la multitud. Se oyeron voces de protesta, pero muchos aplaudían, reconociendo la sinceridad y la razón de la doctrina del joven.

Llegó el ruido hasta el despacho del Senador que se encontraba reunido con sus principales partidarios. Glen explicaba a los suyos:

—Es necesario llevar pronto a ejecución nuestros planes... Pero una cosa nos falta para asegurar su buen éxito. Comunicación rápida con el Este... Pero, caballeros, también este punto queda solucionado... El señor Russell, aquí presente, de las diligencias de Overland, está conforme en establecer el servicio de jinetes para el correo.

Russell explicó su plan. Teniendo en sus manos la comunicación con el Este, podrían interceptar a su voluntad las noticias contrarias a su causa. Señaló en un mapa el camino a seguir. Pero era im-

prescindible contar, cuanto menos, con un jinete, conductor de órdenes.

Suspendieron la conversación ante el griterío ensordecedor que llegaba de la calle. Uno de los conspiradores se asomó al balcón.

—¡Es Jack Weston, un jugador y político de San Francisco! — dijo.

—¡Maldito jovenzuelo! ¿Cómo le permitían hablar así? ¡Ah! ¿No sería mejor suprimir a aquel enemigo peligroso? ¡Era cosa de pensarlo!

Aquella misma noche, el senador Glen, acompañado de Russell, marchó en diligencia para la capital. En el propio coche iba a ocupar también su puesto Molly Jones, una hermosa joven, que había pasado una larga temporada en Sacramento, en casa de su tía.

Glen se apresuró a saludarlas:

—¿De modo que su sobrina regresa a Julesburgo? — dijo a la acompañante de Molly—. Será para mí un gran placer el poder ir en su compañía hasta allá.

—¡Cuanto honor! — exclamó la vieja—. Y a propósito, anoche oí su discurso, Senador. ¡Estuvo usted admirable!

Glen sonrió enfatuado. Pero Molly, mirándole con cierto desdén, añadió:

—Yo también lo oí y no me gustó nada... porque soy partidaria de la Unión.

El político se mordió los labios. ¡Vaya con la niña!...

Poco después, la diligencia emprendía su marcha hacia el otro lado de la República.

Aquella noche, unos cuantos miembros de los Ca-

balleros del Círculo de Oro se reunieron precipitadamente; algo serio les preocupaba.

Uno de los principales tomó la palabra.

—Caballeros, estamos conformes en que es necesario... ejem... eliminar a ese tatur... Jack Weston.

Mostráronse conformes. ¡Había que castigar al audaz! Y se dirigieron todos a la taberna donde Jack iba algunas noches.

“El Rojo”, prosiguiendo su labor de espionaje, había sorprendido la conversación, y salió rápidamente a advertir a su amigo que se encontraba en la taberna.

—El senador Glen ha dado orden de que le cuelguen del primer farol que encuentren.

—¿A mí?... ¡Les doy un poco de trabajo!...

—Y creo que vienen aquí, Jack.

En aquel mismo instante, un grupo de cinco a seis hombres, de rostros foscos y mirada provocadora, irrumpieron en el bar. Venían en son de bronca, mirando con aspecto burlón al mozo enemigo, seguros de que pronto iba a caer bajo sus uñas.

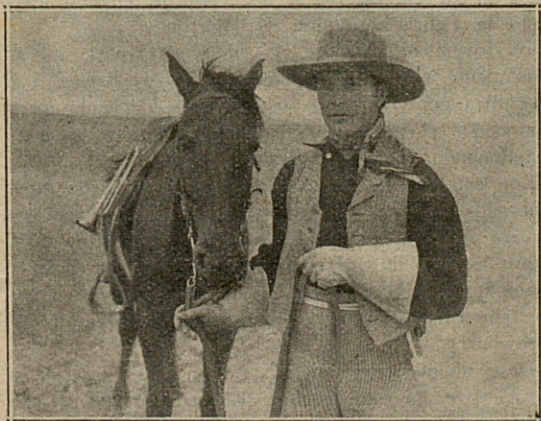
—Vete en seguida a la cuadra de Jerónimo — dijo Jack a su amigo — y ensilla mi caballo con la montura más vieja que encuentres.

“El Rojo” desapareció al instante. Le daban miedo los tiros; no podía remediarlo. ¡Y allí iba a correr la pólvora!

Jack esperó tranquilamente la acometida. ¡Bien, Senador!... El grupo de enemigos fué acercándose al joven. Se mascaba un ambiente de lucha, de sangre. Algunas mujeres, asustadas, huyeron, dejando el campo libre a los que quisieran matarse. Jack se levantó. Y sin que nadie pudiese evitarlo, con

la rapidez de la luz, descargó sus dos pistolas sobre la lámpara de la sala. Se hizo la oscuridad más absoluta, turbada por los fogonazos del combate. Y el mozo abandonó la taberna, en dirección al lugar convenido.

Fueron inútiles las pesquisas. ¡Los partidarios del Senador maldijeron su mala suerte!



Se dispuso a emprender su ruta...

“El Rojo” aguardaba a Jack en la cuadra.

—Tome el camino del Norte... y no mire para atrás — le dijo.

—A donde voy a ir es a alcanzar la diligencia. ¡Voy a ver si Glen me cuelga a mí o yo le cuelgo a él!

—Guárdese de sus balas, Jack.

—No temas. Y adiós, Rojo. Aquí tienes ésto —

le entregó dinero — y esta vez no te lo juegues al poker... Toma el camino de Rhode Ysland... y no te entretengas.

Se dispuso a emprender su ruta.

Hasta dos horas después no pudo alcanzarla. Y su llegada fué providencial, milagrosa. Tres bandidos habían atacado el coche y se entretenían en despojar de su valores a los viajeros, cuando apareció la figura arrogante de Weston.

El joven, olvidándose de su rencor, para salvar únicamente a los que estaban en peligro, disparó con magnífica puntería sobre los ladrones, haciendo caer a dos el polvo y obligando al otro a escapar, abandonando el botín logrado.

Los caballos de la diligencia se desbocaron soliviantados por los tiros, y otra vez Jack puso en práctica sus grandes facultades. Saltó a la diligencia, logrando con la enérgica maestría de sus brazos apaciguar las bestias. Y bajo su insuperable mando, sin otra novedad, llegaron a la estación de Strawberry.

Descendiendo del coche, fueron los viajeros a agradecerle la intervención. El senador Glen, que no conocía personalmente a Jack, le felicitó, admirado de su valentía.

—Joven; ha sido usted tan ligero que ni tiempo nos ha dado para darle las gracias... ¿Podemos saber su nombre?

—Frisco Jack...

—Yo soy el senador Glen... Gracias... gracias... por haberme salvado la vida...

—Senador... mi intención fué otra... Yo quería...

Pero Molly se acercaba a su vez para felicitarle, y le impidió acabar su pensamiento.

—¡Qué valiente estuvo usted! — dijo estrechando su mano.

Jack se conmovió al sentir entre las suyas las manos de aquella bella mujer.

—¡Oh, señorita!... ¡Mal comenzó el viaje!... Y, ¿hacia dónde va usted?...

—Regreso a mi casa... Vivo con mi padre en Julesburgo... ¿Y usted, adónde va?...

—¡A Julesburgo! — respondió rápidamente.

Se sentía ya prendado de aquella dulce criatura, olvidando el objeto principal de su viaje. Iría adonde fuera aquella mujer... ¡Bah! ¡ya no le interesaba tanto el senador Glen! ¡Las cosas de la vida!... ¡Había ido con el ansia de reñir con él y le salvaba de garras de los ladrones!

Glen conferenciaba, en tanto, con Russell. La valentía y el arrojo de aquel joven le habían seducido.

—Russell, aquí está el hombre que nos conviene para la etapa peligrosa del correo — dijo.

—Acaso tenga usted razón...

Fueron al encuentro de Jack.

—El senador Glen dice que es usted el hombre indicado para conducir el correo de Julesburgo a California. ¿Quiere aceptar el puesto?

—¿Yo?

—Quiero un jinete en Julesburgo que cumpla mis órdenes y se calle — dijo Glen—. ¿Puedo confiar en usted?

Jack meditaba. ¿Qué haría?... Vaciló sólo un momento. Comprendió la importancia extraordinaria de aquel encargo que le pondría en posesión de importantes noticias para combatir a los partidarios de Glen.

—¡Acepto! — dijo—. Puede fiar en mí...

—Lo esperaba... Me parece que es usted el hombre que me conviene... en quien me puedo fiar.

Glen tenía sus planes. El correo entre Julesburgo y Sacramento tendría extraordinaria importancia. Las disposiciones que emanaran del gobierno de Wáshington y las órdenes para California, habían forzosamente de ser llevadas por el rápido servicio de jinetes del correo, que iba a inaugurarse pronto. Y teniendo a Jack bajo sus órdenes, podría interceptar las comunicaciones que no fueran de su agrado, impidiendo llegaran determinadas noticias a sus adversarios de Sacramento. ¡Un soberbio plan!

Y Jack seguía encantado ante aquella aventura que le permitiría trabajar por su ideal, en peligrosa misión, y al propio tiempo, permanecer en Julesburgo, donde vivía la exquisita Molly, de la que comenzaba a enamorarse...



Julesburgo, en el Colorado, tenía una reputación tan mala que del Missouri a las Montañas Rocosas no había pueblo que lo igualase. Jack Slade, el agente de las diligencias Overland, era el amo de Julesburgo.

Nadie daba un paso en aquel pueblo sin que lo supiera Slade. Era el terror, el dueño absoluto de la comarca, señor de vidas y haciendas. Muchos hombres habían caído bajo su pistola mortal. Y numerosos enemigos le buscaban constantemente con el afán de alojarle una buena bala en el estómago.

Entre los personajes más populares de Julesburgo, se encontraba "Ascensión" Jones, el padre de Molly, un viejo herrero, de espíritu extremadamente religioso, que iba sin cesar mascullando la Biblia y augurando trágicas maldiciones sobre el pueblo.

—¡La maldición del Señor caerá sobre Julesburgo! — decía—. ¡Dios hace perecer a los desgraciados que no admiran sus obras!

Y en aquel pueblo corrompido, su voz resonaba, sin que la recogiese un eco de simpatía. ¡Está loco! exclamaban todos.

Aquella tarde, se esperaba con impaciencia la llegada de la diligencia de Sacramento. Poco antes había arribado la procedente del Este americano, conduciendo a un joven, llamado Samuel Clemens, que se dirigía a Nevada.

Slade, que conocía a su hermano, le invitó a comer. Para muchos de los viajeros que cruzaban la población de paso, Slade tenía atenciones exquisitas, como un hombre bien cumplidor de los deberes de hospitalidad.

—Señor Clemens — dijo Slade a tiempo que comenzaba la comida—, este mozo que tiene usted al lado es Carlitos Bent, el mejor guía que tenemos en la comarca.

Y señaló a uno de los presentes, un hombre amarillo, de afilada silueta.

Alguien se acercó a Slade y le dijo al oído:

—Acaba de llegar un amigo de Julián... Dice que lo anda buscando.

Julián era entonces uno de sus más temibles adversarios.

—¡Ah! ¡Bien! — dijo—. Y levantándose de la mesa, explicó:

—Ustedes perdonen un momento... Me espera un amigo...

Salió tranquilamente. Vió cruzar la calle a un hombre que parecía dirigirse a la casa de Slade. Este sonrió trágicamente. Y empuñando su revólver, disparó tres tiros contra el desconocido, que cayó desplomado en tierra.



...empuñando su revólver, disparó tres tiros contra el desconocido...

—¡Uno menos! — dijo con terrible sonrisa.

Al ruido del disparo, salieron varios hombres.

—¡Recoged el cadáver! — ordenó—. ¡Un enemigo menos! Todavía no hace media hora que despaché otro...

Y ante la estupefacción de todos, regresó, como

si acabara de realizar una buena acción, a su casa.

El señor Clemens seguía comiendo con buen apetito. Slade ocupó de nuevo su sitio, y mirando a su huésped le explicó:

—Pues como iba diciendo, Carlitos Bent es el mejor guía que tenemos en la comarca...

Y siguió tranquilo e indiferente la conversación. Slade era un hombre que practicaba el ejercicio de matar con la misma tranquilidad con que bebía su vaso de negro vino... ¡La costumbre!

Por la tarde, llegó la diligencia de California. Jones recibió a su hija que le presentó a Frisco Jack como el joven que les había salvado la vida en trágicas circunstancias.

El senador Glen y Russell conferenciaron largamente con Slade. La noticia de que iba a establecerse el servicio de jinetes del correo para dentro de pocos días, causó a todos los presentes grata satisfacción. Billy, un chiquillo casi, se acercó al señor Russell y le dijo:

—Russell, espero que no se olvidará usted de la promesa que me hizo de emplearme de jinete del correo.

—Cuando hayas crecido un poco.

Russell presentó a Frisco. Le contempló Slade con ojos burlones, al ver la arrogancia del mozo.

—Es el mejor tirador de pistola de todo el Oeste — dijo Glen, riendo.

Slade frunció el entrecejo. Viendo su contrariedad, Russell aclaró:

—...con excepción de usted.

Slade y Frisco se miraron frente a frente, como dos adversarios. No parecían haber simpatizado mucho.

—Slade — añadió Russell—, será conveniente que tomemos juramento a Frisco Jack ya que va a ser él quien hará el primer viaje del correo.

—Pero ¿sabe...?

—Sí; él está enterado del plan de que hablamos en mi último viaje a California... Cualquier noticia para California que sea perjudicial para nuestra causa hay que interceptarla aquí. ¿Cómo? usted tendrá que decidirlo.

Fueron a casa de Slade y allí tomaron juramento a Frisco.

—Estoy conforme en no usar lenguaje obsceno — dijo el mozo con la mano sobre la Biblia—, en no beber y en no tratar cruelmente a los animales, y en conducirme siempre como un caballero... y guardar el correo de los Estados Unidos con mi vida.

—Perfectamente — dijo el Senador—. Usted permanecerá aquí, esperando la llegada del jinete del correo. El santo y seña será "Eureka". Cuando oiga esta palabra, detenga todo el correo que vaya a California... Lo entregará usted al señor Slade.

—Bien...

—Y ahora, aquí tiene usted su Biblia... A cada jinete se le da una cuando se le toma juramento... Pero recuerde usted bien eso: si le dan el santo y seña "Eureka", hay que detener la valija del correo.

El senador y Russell partieron la misma noche en dirección a Washington. Y Jack quedó en Julesburgo a esperar al jinete y a servir los intereses de la unidad de su país.



El viejo Ascensión Jones, agradecido a Jack por el suceso de la diligencia, le invitó a comer. El joven aceptó, complacido. ¡Poder estar con Molly! ¡Estupendo!

El herrero leyó su Biblia antes de comer y Jack sacó la que le donara Russell. Esta coincidencia de ideas religiosas hizo más fuerte la nueva amistad.

Slade no miró con buenos ojos esta simpatía mutua.

—Supongo que habrá usted notado que el viejo Ascensión Jones tiene un tornillo flojo — le dijo, cuando Jack salió de aquella casa.

—No me he dado cuenta... — respondió, flemático.

—Pero sí es posible que haya usted notado que tengo un interés paternal por Molly, su hija.

Estaba enamorado de ella y adivinaba en el mozalbete a un rival.

—Tampoco me había fijado...

—¿No?

En aquel instante pasaba un hombre por la calle y Slade disparó velozmente su revólver sobre una botella que el infeliz llevaba en su mano derecha; el buen hombre se llevó un susto mayúsculo.

—Usted me entiende ahora ¿no es verdad? — dijo, riendo, Slade a Frisco.

—¡Oh, perfectamente, señor Slade!...

Y a su vez, con igual presteza, disparó su pistola sobre el resto de la botella, haciéndolo añicos.

—Me entiende, ¿verdad, señor Slade? — dijo riendo con mayor fuerza.

Slade se amoscó. ¡Diablo de mozo! ¡Buena puntería! ¡Y valiente!

Al ruido de los disparos aparecieron varios individuos temiendo un nuevo desaguizado de Slade.

—Nada — explicó Slade—. Práctica de tiro al blanco por Frisco Jack, nuestro nuevo ciudadano.

Pero desde aquel momento, Slade pensó en la necesidad de suprimir a Frisco. Y se lo dijo a Carlitos Bent, su hombre de confianza.

—En el cementerio hay un pedazo de tierra de la medida de Frisco Jack, ¿comprendes?

—Pero... ¿le hace sombra?

—Demasiada. Y quiero que desaparezca pronto. Y a otra cosa. Va a salir una diligencia cargada de emigrantes... Tú irás como guía. Necesito dinero, ¿sabes? Avisa al jefe indio "Cola Manchada" para que ataque el coche. ¿Estamos?

—Conformes.

Slade no reparaba en medios. Era el representante de la compañía encargada del servicio de diligencias, pero organizaba los asaltos para apoderarse del dinero de los pasajeros. ¡El gran negocio!

A la misma hora llegaba "El Rojo" que iba hacia Rhode Island. Su sorpresa fué extraordinaria al toparse con Jack, que estaba hablando con Molly.

—¡Por todos los ases de la baraja! ¿Arregló usted ya cuentas con el señor Glen?

Jack palideció. ¿Por qué decía aquello? Molly ignoraba que él estuviera allá como representante del Senador, y ahora "El Rojo" le comprometía.

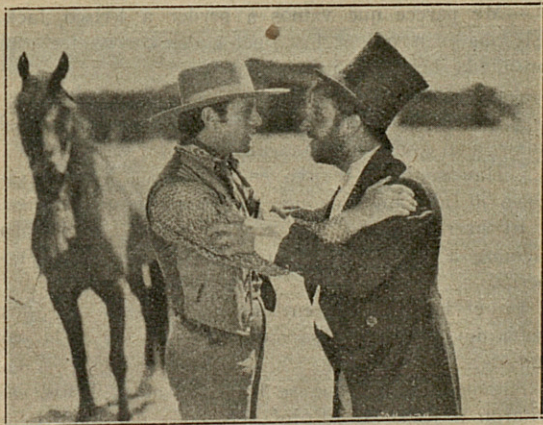
—La gente dice que Glen le sobornó a usted, pero yo mandé a todos los que me lo dijeron a... freir lentejas.

Molly le miraba, extrañada. ¿Qué decía aquel hombre?

—Bueno... bueno... "Rojo".

—¡Ah, Frisco! Y de aquella chica con quien tenía cierta intimidad, ¿se acuerda de ella? Pues...

Frisco se acordaba demasiado. Era una de sus



—¡Por todos los ases de la baraja! ¿Arregló usted ya cuentas con el señor Glen?

antiguas aventuras de la ciudad. ¿Pero cuándo se callaría aquel imprudente?

—Bueno, "Rojo"... Vamos a la taberna a beber a tu salud.

Y se encaminaron los dos hacia un bar.

Slade, que había dejado a Carlitos Bent, vió pasar a su rival y le gritó:

—Frisco, a ver si me lleva usted mi caballo a la cuadra...

—A mí no me gusta que me manden — contestó el joven con altanería—. Lo llevaré a la cuadra cuando me plazca.

Slade se mordió los labios. Y al verle entrar en la taberna, se acercó a Molly y le dijo:

—Me parece que vamos a perder a Frisco Jack. El sabe bien que a los finetes del correo les está prohibido beber y jugar.

—¡Oh, pobre Frisco!

Y corrió a comunicárselo a su padre, llevada del amor que comenzaba a sentir por Jack.

—Han metido a Frisco en el juego... Vaya a sacarlo de allí antes de que lo dejen sin un céntimo.

El herrero cogió una enorme maza que llevaba siempre a guisa de bastón y se encaminó a la taberna.

En el bar reinaba una alegría desbordante. Jack había invitado a los parroquianos a beber a la salud de "El Rojo".

Algunos clientes que se las echaban de listos, invitaron a jugar al "Rojo", creyendo que éste dejaría en su poder el dinero que llevaba. Pero Frisco, que comprendió la intención, le substituyó en su puesto, y la suerte le parecía propicia. ¡Ganaba ya casi el dinero de todos!

Poco después entraba el herrero, dispuesto a impedir que Frisco siguiera pervirtiéndose. Pero al ver el montón enorme de dólares que tenía ante él, creyó lo más prudente callarse.

Uno de los jugadores le dijo:

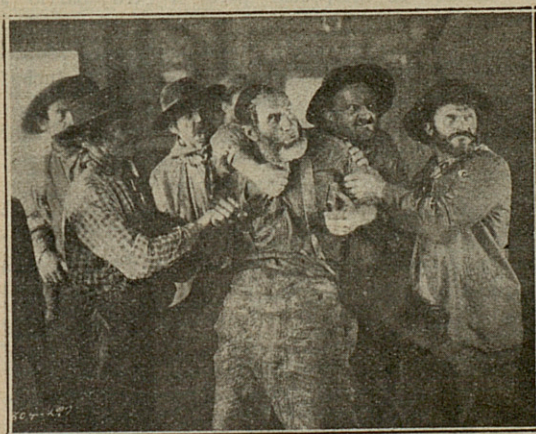
—¿Quiere beber un trago?

—El vino alegra y el *whisky* embrutece — respondió Jones—. La casa del malo será destruida.

Y abriendo su inseparable Biblia, comenzó a leer un capítulo. Los jugadores reían, con grandes aspavientos burlones. Está loco, ¡loco!

—¡Echen a ese bobo a la calle! — dijo uno.

Lanzáronse sobre Jones con ánimo de tirarle por



Lanzáronse sobre Jones con ánimo de tirarle por la ventana...

la ventana, pero Frisco, levantándose y apuntando a todos con su pistola, gritó:

—Soltad en seguida al señor Jones.

Su autoridad se impuso. Jones quedó libre.

—¡Ahora, caballeros, descúbranse! — continuó con voz dura.

Los concurrentes, miedosos, temiendo que el valiente no disparara su arma, obedecieron.

—Bien... señor Jones, ahora puede usted continuar su plegaria.

Y el herrero, asombrado, abrió otra vez la Biblia, prosiguiendo la lectura.

Carlitos Bent entró en el establecimiento. Venía con ánimo de despachar para el otro barrio a Frisco.

Cuando le vieron entrar, todos temblaron. ¡Aquel bravucón venía en plan de guerra! ¡Habría lucha!

Carlitos miró a todos burlonamente.

Jack, al ver a Carlitos, le gritó, con voz violenta:

—¡Eh! ¡Quite el sombrero!

—No me da la gana — respondió Bent.

La pistola de Jack se encargó de ello. El sombrero voló por los aires.

Hubo un momento de pánico. Carlitos no salía de su asombro... Bueno, ¡qué tío!

—¡"Rojo"! — gritó Frisco—. Recoge todas las ganancias del juego... Con ellas vamos a edificar una iglesia... ¡La que usted quería, señor Jones!

Porque Jalesburgo no tenía iglesia. Y el herrero había tratado inútilmente de suplir aquella necesidad. ¡Bien por Jack!

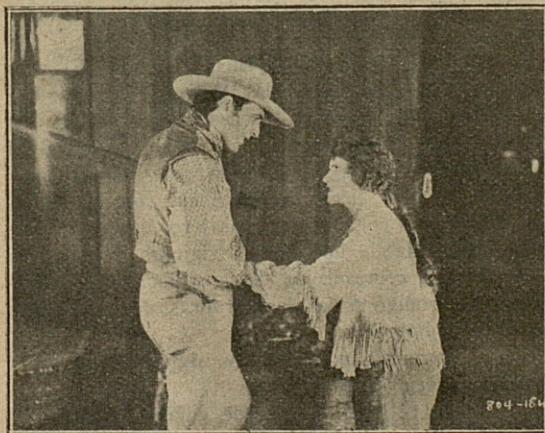
Todos miraban al joven con respeto. ¡Madre de Dios! ¡Buen grano le había salido a Slade, el amo del pueblo!

—Y ahora terminaremos el servicio con un himno. A ver, ¡que empiece uno!

Y todos aquellos hombres tuvieron que obedecer. Carlitos, que había entrado con el propósito de matarle, vióse obligado a cantar también. ¡Estaba rabioso!

Lo ocurrido en la taberna se esparció por el pueblo, aumentando la fama de valiente que tenía Jack.

Aquella tarde, Carlitos Bent salió como guía de la diligencia que iba a California. Llevaba instrucciones bien concretas de Slade.



—Dicen que Glen es un traidor a la Unión... ¿Está usted en su empleo?

Frisco encontró a Molly. ¡Esta mujercita le interesaba tanto!

—¿Qué quería decir ese amigo suyo cuando le habló de Glen?...

—¡Oh! El pobre está un poco alucinado...

—Dicen que Glen es un traidor a la Unión. ¿Está usted en su empleo?

—No.

—Slade me lo aseguró...

—No lo crea, Molly. ¡Amo la Unión tanto como a usted!

Aquel anochecer se supo la noticia de que los indios habían atacado la caravana que iba a California... Trajo la nueva Carlitos Bent, el guía.

—Yo pude huir... pero los han matado a todos... a todos... — dijo.

Slade le miró orgulloso. ¡Bien, Carlitos! El plan había ido a las mil maravillas. Advertidos los indios por el aviso de Carlitos, procedieron al ataque de la caravana. Todos servían a Slade. ¡Admirable!

Se hallaban todos comentando este desagradable incidente, cuando llegó la diligencia con los caballos desbocados y sin otro pasajero que una hermosa niña, hija de uno de los viajeros muertos.

"El Rojo", compadecido de la situación de la pequeña, le prodigó todas las ternuras de su espíritu bonachón. ¡Pobrecita!

Slade aparentó indignarse y siguiendo su plan hipócrita ordenó a Bent:

—Carlitos, tú vas a servir de guía a los que saldrán a perseguir a los indios.

Bent, con un puñado de hombres, recorrió la sierra, sin poder dar con los aventureros. Ya tenía buen cuidado el guía de apartarles de los bandidos por su propio interés.

Al siguiente día, Slade cobró de Bent la cantidad robada a los viajeros. ¡Admirable! Le dió una gratificación, asegurándole que eran necesarios muchos éxitos como aquél.

—En lo que hiciste una estupidez, fué en dejar a la chiquilla... Si algún día te reconoce...

—No lo creo...

—Cuidado, Carlitos. Algún día esa niña va a ser la causa de que te cuelguen.

La existencia en el pueblo iba desgranándose melancólica, bajo un aburrimiento tenaz. Frisco Jack, en compañía del "Rojo" que había suspendido su viaje para continuar con su amigo, esperaba el momento de comenzar sus servicios como jinete del correo. En su puesto de honor, esperaba servir a su patria. Y las semanas se le hacían años.

El herrero Jones, ayudado por el Rojo y algunas veces por Jack, había comenzado la construcción del templo.

Y algunos de los perjudicados en el juego decían, con gracioso humorismo, al contemplar las obras:

—¡Diablo! ¡Nos cuesta un buen pico la construcción de esa iglesia!



El día 30 de abril de 1860, salía de San José del Missouri el primer jinete del correo. Este primer servicio de correo rápido a través del continente entusiasmó a todo el país, que recibió regimiento al nuevo emisario de noticias.

Frisco Jack comenzó a prestar servicio entre Julesburgo y Sacramento. Aguardaba el instante en que el jinete del correo que llegaba hasta Julesburgo y que él debía relevar hasta la última etapa, le dijese el santo y seña convenido: "Eureka". En-

tonces, por orden del senador Glen, debía interceptar la valija que llevaría noticias favorables a los unionistas de Sacramento, y Frisco se proponía hacer precisamente todo lo contrario.

En Washington, propuesto para la Presidencia de la República como candidato del Partido Republicano, Abraham Lincoln era elegido en medio de general entusiasmo.

El nombramiento de Lincoln soliviantó a los partidarios del senador Glen que veían en el nuevo Presidente un formidable enemigo de sus propósitos de separación.

—¿Quién sabe si su elección no destruirá nuestros planes en California? — le dijeron a Glen, que seguía en Washington.

—Entre aquí y California está... Julesburgo — repuso el Senador; y confiado en Jack, esperó que la noticia de la elección de Lincoln no llegaría por el momento a California.

Había llegado a Julesburgo una compañía de soldados que tenían orden de salir para Kansas. Slade habló con el jefe de la expedición.

—Sí. La situación es un poco delicada — dijo el jefe—. Parece que va a haber guerra. Y además, los indios hacen preparativos guerreros.

Entretanto había salido ya el jinete del correo que llevaba a California la noticia de la elección de Abraham Lincoln.

El senador Glen, puesto en combinación con algunos emisarios, había logrado que el santo y seña fuera "Eureka" a fin de advertir a Frisco de que debía detener la expedición.

Las tropas iban a abandonar el pueblo. El anuncio de que los indios se mostraban dispuestos a la

guerra, determinó tomar un enérgico plan a Slade.

—Ahora se me presenta la oportunidad que estaba deseando — dijo a Bent—. Quiero acabar con Julesburgo... Trata con los indios y combina con ellos un plan de ataque a la población. Nos apoderaremos del dinero de todos sus habitantes... Tú, con los rojos, esperas en las montañas vecinas. Cuando haga veinticuatro horas que los soldados estén lejos, pondré una bandera blanca en el campanario de la iglesia. ¡Esta será la señal de que podéis comenzar la lucha!

Carlitos salió a cumplimentar el encargo.

Al día siguiente marcharon las tropas, y aquella mañana abrió la iglesia sus puertas al pueblo. Por la tarde debía celebrarse solemne función.

Se aguardaba impacientemente la llegada del jinete del correo. Frisco, con su caballo, esperaba el momento de efectuar la etapa que tenía encomendada.

Dos horas antes de lo acostumbrado, llegó, rendido por el largo y fatigoso viaje a través de tierras sin vegetación, el jinete cuya misión terminaba en Julesburgo. Entregando la valija del correo a Jack, dijo:

—Pasa el santo y seña... ¡Eureka!

Estas palabras causaron profunda emoción a Frisco y a Slade. Los dos penetraron en la casa del último.

—Ha llegado el momento, Frisco. Acuérdesse de la orden de Glen. Debemos interceptar hasta nuevo aviso el correo.

—Abramos el paquete.

En un momento deshicieron la valija, enterán-

dóse de que Lincoln había sido elegido Presidente de la República.

—¡Demonio! — dijo Slade—. Esta es la noticia que hemos de impedir que llegue a California.

Los ojos de Jack se iluminaron con un resplandor agresivo.

—Todo lo contrario. California es mi estado... y por él estoy luchando. Voy ahora mismo a transmitir esta noticia a Sacramento...

—Cómo... ¡Espía! ¡Traidor a Glen! ¡Miserable! rugió Slade—. Pero lo pagarás con tu vida.

Se hallaban cerca de una ventana. Slade de espaldas a ella. El joven exclamó, sencillamente:

—No dispaes, "Rojo".

Slade, creyendo que el amigo de Jack le apuntaba detrás de la ventana, levantó los brazos, lo que aprovechó el joven para huir con el precioso cargamento hacia California.

Slade permaneció con los brazos en alto, varios minutos. Al cabo de los cuales le pareció escuchar la voz del "Rojo" que sonaba a bastante distancia de allí. Con precaución miró a la ventana, y al ver al "Rojo" jugar a bastante distancia de allí, con la niña que había recogido, su furor no tuvo límites.

Y comenzó a disparar, sin ton ni son, como si estuviera borracho. Salió a la calle. La gente que leambulaba por ella, al ver a Slade corrió a refugiarse en la iglesia.

El sencillo templo estaba lleno de gente. El herrero Jones no podía ocultar su satisfacción. El pueblo respondía a su llamamiento.

—Esperad aún — dijo a los feligreses—. Voy a

tocar la campana para llamar a los pecadores que faltan.

Iba vestido con una gran blusa blanca. Subió al campanario. La campana esparció su claro son por la aldea. Pero los indios, con Carlitos Bent, que espiaban cerca de la montaña, desde lejos, creyeron que la blusa del herrero era la bandera blanca convenida, lo que significaba que las tropas estaban ya a veinticuatro horas alejadas de allí; y descendieron al llano como una manada de lobos.

Jones observó el movimiento. Y lleno de pánico, dijo a Billy, un chiquillo de catorce años, el mismo que había pedido ser jinete del correo.

—¡Corre a avisar a los soldados! ¡No regreses sin ellos! ¡Diles que los indios están a punto de atacarnos!

Luego entró otra vez en el templo, comunicando a los fieles el próximo ataque. Molly estaba aterrada.

—Mujeres y niños, permaneced en el templo, que nadie se atreverá a tocar la casa del Señor.

Poco después, los indios llegaban, como bandadas famélicas, a la población. Comenzaron el ataque, pero los habitantes se defendían bien.

Billy encontró por el camino a Frisco y le comunicó el inminente ataque de los indios. Jack palideció. Su Molly estaba en peligro. La mujer que él adoraba iba a caer tal vez en manos de aquellos facinerosos.

Y entregando al muchacho la valija para que la llevara a Sacramento, fué él, a su vez, en busca de los soldados, regresando con ellos a Julesburgo, en momentos en que las circunstancias comenzaban a hacerse críticas para los pueblerinos refugiados

en las casas vecinas y en la iglesia. La lucha había sido dura, pero la llegada del ejército restableció la situación.

Carlitos Bent, vestido de indio, se apoderó de la chiquilla protegida del "Rojo", con ánimo de darla muerte; pero el amigo de Jack cayó sobre él consiguiendo dominarle después de larga lucha.

Slade intentó disimular su intervención en todo aquello. Allí era él el amo absoluto, el único señor. Y cuando "el Rojo", en presencia de Frisco Jack, le presentó a Carlitos Bent como el raptor de la niña, tuvo para su antiguo cómplice una sonrisa de desprecio.

La chiquilla acusó a Bent de ser también el autor de la muerte de su madre, en la diligencia.

—Le conozco con las plumas — dijo—. ¡Mató a mamá!

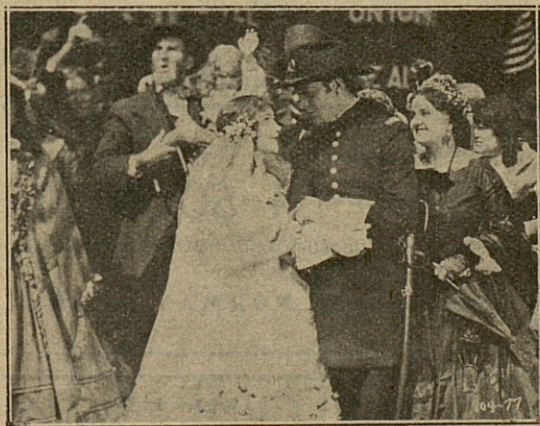
Slade, sin compasión, ordenó que le echasen una cuerda al cuello. En vano, Carlitos intentó defenderse, acusando, a su vez. Todo inútil. La única autoridad allí era la de Slade.

Unos días después renació la calma. Los jefes de las diligencias de Overland destituyeron de su cargo a Jack, por haber dejado de llevar el correo hasta el final de la etapa. Pero a Frisco le importaba poco el castigo. Había conseguido ya lo que quería: que en Sacramento se enteraran del triunfo de Lincoln, representación de la unidad del país.

Y Slade tuvo que confesar por aquella vez que en Julesburgo había alguien superior. Y fué para él como una burla la orden del Gobierno trasladándole a otro puesto mejor, como premio a su lealtad. Lealtad para el Gobierno unionista, cuando él hubiera querido derrotarle. ¡Aquel diablillo de Jack

deshaciendo todas las combinaciones! Pero, en fin... menos mal que conservaba aún la cabeza.

Pasó algún tiempo. Jack se casó con Molly, yendo a prestar servicio como oficial en el ejército de



Jack se casó con Molly...

la nación. Y el "Rojo" se alistó como voluntario en la misma compañía que su protector. No quería abandonarle nunca.

Jack y Molly adoptaron la chiquilla de la diligencia y Billy, el entusiasta muchacho, fué el nuevo jinete del correo de Julesburgo a California.

Y California continuó en la Unión. Y la institu-

ción de los jinetes del correo prosiguió, hasta tanto que el telégrafo, en 1861, puso el último capítulo a su historia pintoresca.

Pero el recuerdo de sus servicios, que nadie olvida en el país, se perpetuó con una lápida como perenne memoria que le dedicaron todas las provincias americanas.

FIN

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
GENEVIÈVE FÉLIX

PRÓXIMO NÚMERO:

FÍGARO EN SOCIEDAD

Creación del simpático actor ADOLPHE MENJOU

Postal-obsequio: NORMAN KERRY

UN MERECIDO EXITO

ha obtenido el tercer libro de las

EDICIONES ESPECIALES

DE

:: La Novela Semanal Cinematográfica ::

MIGUEL STROGOFF o El Correo del Zar

Lea usted: EL TRASATLÁNTICO

Por MARÍA JACOBINI

Un formidable éxito
está obteniendo el

NÚMERO ALMANAQUE

DE

La Novela Semanal Cinematográfica
con el que se regala un lujoso

ALBUM

para coleccionar las
postales del año 1926

Numerosos argumentos : Información cinematográfica
32 páginas de retratos de Ases de la pantalla

¡ SI LO VE, LO COMPRARÁ !

J. Horta, impresor. - Barcelona